



Ayotzinapa y la desfiguración de la otredad

«Dañar al otro en su capacidad de funcionamiento cotidiano cuando este se ha vuelto crítico al sistema es sin lugar a dudas una acción que para muchos sectores de nuestra sociedad genera placer. El acto de dañar a otro ser humano mediante planificación es un acto de atrocidad.»

Edgar Barrero / Estética de lo atroz

México: 6 estudiantes asesinados y 43 desaparecidos de la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos en Ayotzinapa. 43 chicos entre 16 y 19 años que la policía se los llevó, contando con la complicidad del Estado mexicano, y al día de hoy no han aparecido. A Puerto Rico llegan los ecos estridentes del hermano país, constituido sobre las creencias de Zapata, y es inevitable vengan a nuestra memoria nombres estudiantes puertorriqueños asesinados por la Policía de Puerto Rico, igualmente con la complicidad del Estado, como Antonia Martínez, Arnaldo Darío Rosado y Carlos Soto Arriví, entre otros. Estos hechos, además de indignarnos y estremecernos el alma, nos ponen frente a una serie de cuestionamientos del quehacer psicológico y su pertinencia en nuestra realidad. Cuestiones que dictan pautas relacionales entre el pueblo y el Estado, lo cual acarrea concientizarnos que luchamos entre ideologías hipócritas de carácter neoliberal. A su vez, dichas pautas posibilitan la invisibilización de las injusticias cometidas por el Estado. En segundo lugar, desde estos escenarios, se hace urgente y necesaria una psicología que haga visible los dispositivos de control ideológico que legitiman estas acciones; las cuales violentan y atropellan con el propósito de silenciar.

Ante este escenario despedazador, donde la crueldad se esconde detrás de frase como progreso, globalización, intercambio de mercancías o flujo de capital, necesitamos urgente una psicología que destape y denuncie esta situación encubridora. Una psicología que se niegue a ser cómplice de estas prácticas no puede ignorar estos escenarios y acciones indignas porque éstas tienen repercusiones directas en la realidad social de los pueblos latinoamericanos y como se construye ésta desde los discursos encantadores y encubridores, en lo que Edgar Barrero llama la *desfiguración de la otredad*.

En este sentido, Barrero, desde su propuesta de una psicología desenmascaradora en su obra “Estética de lo atroz”, denuncia los mecanismos y dinámicas de la guerra psicológica, explicando cómo la misma involucra una alta dosis de manejo estético ideologizado que distorsiona la imagen de comunidades que resisten, haciéndolas ver como encarnaciones del demonio, monstruos carniceros o bestias potencialmente peligrosas para la humanidad. De esta forma, se logra insertar en el colectivo el gusto por la aniquilación de ese Otro desagradable. El resultado de esto es la desfiguración de la otredad que, igualmente, puede asumir como deshumanización. En la cual, se despoja al ser humano de las características propias de su humanidad y se le convierte en cosa innecesaria cuando no se ajusta a los estereotipos exigidos por el orden social establecido. Por ejemplo, desde nuestro caso en Puerto Rico, un sistema colonial, neoliberal e imperialista que aniquila nuestra condición social. Aniquilación que conlleva la desfiguración de lo humano en el adversario, condición que es una de las exigencias de la guerra psicológica para poder justificar todo tipo de atrocidades. Atrocidades tales como las desapariciones de los 43 estudiantes de Ayotzinapa, torturas a presos políticos, el asesinato de líderes y símbolos de lucha como Filiberto Ojeda Ríos en Puerto Rico, los 43 de México,

Monseñor Romero, Roque Daltón y Martín Barón en El Salvador, la Unión Patriótica en Colombia, Marcelo Quiroga en Paraguay, Oliverio Castañeda de León en Guatemala, la Operación Cóndor, Che Guevara, Luther King, Víctor Jara, Chico Méndez, los vuelos y escuadrones de la muerte y tantos otros ejemplos invisibilizados que llenan las crónicas de nuestra América Latina y que, en la dimensión funcional de la guerra psicológica, pasan a ser justificables (aún siendo deshumanizantes) para perpetuar y atender los objetivos e intereses del sistema que ideológicamente le racionaliza y respalda.

En esta dirección Martín-Baró (1989) exponía que la guerra psicológica, en pos de su objetivo, busca atender dos elementos psicosociales: el primero, consiste en convertir la realidad social en una palestra maniquea de bien o mal absoluto, frente a la cual no queda más alternativa que optar por el bien, que es la propia postura. Ese proceso conduce a la elaboración de una historia oficial, lo cual es una formalización simplista de los hechos y sus actores, coherente con los intereses establecidos. Esto puede ser complejo de identificar, partiendo de nuestro contexto colonizado, ya que las relaciones políticas se dan desde la democracia representativa y no participativa, constituyendo ésta la imagen de justicia social que se inserta en nuestro imaginario social. Una vez estas condiciones se establecen, en la discusión no entran categorías como derechos humanos, justicia, solidaridad. En este sentido, ya no hablamos de estudiantes luchando por hacerse oír en el debate de la educación, sino de delincuentes, de terrorismo, de un atentado contra la seguridad nacional, contra el “bienestar común”. Categorías que sirven a los intereses particulares del orden social establecido y que, a su vez, legitiman la necesidad de intervenciones de control social por parte del Estado. El segundo elemento de la guerra psicológica consiste en reforzar positivamente la aceptación de esa historia oficial, con su consiguiente sumisión al

poder establecido, convirtiendo su rechazo en una acción lo más costosa posible, a veces hasta costando la muerte; imposibilitando de esta forma la insumisión al proyecto dominante. Nos parece convergente a este planteamiento el concepto de consenso manufacturado de Noam Chomsky, que es uno de los sesgos cognitivos del falso consenso y se da en sociedades democráticas en las cuales existe de facto y ocultamente control sobre la opinión pública. A diferencia de otros métodos de control social (represión, autoritarismo, etc.) en este caso es la publicidad y, más abiertamente, la propaganda, quien consigue que los votantes de una sociedad democrática sean espectadores y consientan ser conducidos por la “intelligentsia gobernante”, todo ello sin necesaria intencionalidad y bajo la apariencia de un consenso democrático.

Las huelgas estudiantiles en la Universidad de Puerto Rico, el asesinato de ciudadanos a manos de la policía, las alzas desmedidas en el pago de utilidades, legislaciones que mancillan los derechos de sectores marginados del país, y que no responden a nuestras necesidades sino a los intereses particulares de quienes gobiernan y repercuten severamente en la condición económica de la clase trabajadora y los pobres son temas a considerar desde la discusión de dicho consenso. Desde las ciencias sociales nos urge asumir un compromiso ético político que nos permita vernos vinculados e insertados en la realidad de ese Otro. Hacer praxis desde esa vinculación nos posiciona distinto, porque la realidad del Otro que es torturado, desaparecido, atropellado ya no nos es ajena, ni nos es indiferente.

Colectivo Boricua de Psicología de la Liberación, Inc.

Noviembre 2014

